

MARGARITA LA TORTUGA

Margarita era una tortuga de sonrisa triste, de ojos melancólicos y un caminar un tanto lento; su caparazón es verdoso con algunas rayitas marrones, es más bien pequeña para su edad.

Margarita nació entre la arena de una costa cálida y al cumplir los dos años su madre decidió emigrar a un pueblo rural, a un pueblo donde vivían principalmente del campo y de unas riquísimas tartas que su madre hacía de queso para la pastelería del pueblo. Margarita se sentía tan desdichada que nada le hacía ilusión.

Su casa estaba situada a las afueras, en un bosque cercano al pueblo, lleno de frutas silvestres, de riachuelos, árboles y flores de todos los colores y aromas.

Margarita tardó en adaptarse a su nuevo hogar; lo que más le gustó fue el gran lago que había detrás, en la gran colina, muy cerca de su casa.

No conocía a nadie, tan solo a los pajarillos del lugar, a las ardillas y al perro del pastor de dientes afilados y mal carácter al que no solía acercarse.

Margarita llegó a ese pueblo al principio del verano, se quejaba a su madre de no tener amigas, se dedicaba a recoger frutos del campo y flores para su madre. Hacía con ellas ramos y adornaba la mesa de la cocina y su habitación.

Le gustaba dar paseos y bañarse en el río del gran árbol como ella le decía y ayudaba a recoger nueces a las ardillas para la entrada del otoño.

Pasaba allí la mayor parte de su tiempo refrescándose y se quedaba dormida a la sombra de su amigo el gran árbol; ella era una tortuga especial, le gustaba viajar y le gustaban las hazañas que cuando pequeña escuchaba a la orilla del mar, historias que contaban los marineros de sus viajes a través del mundo. Era, como su madre decía, una soñadora.

Una de las cosas que decidió a la madre de Margarita a cambiar de pueblo era eso, la imaginación de su hija. Le daba miedo que algún día, llevada por el entusiasmo, Margarita se fuera con uno de esos grandes barcos de pescadores.

Margarita todos los días después de desayunar y ayudar en las tareas domésticas a su madre solía ir a dar su paseo y su baño, a veces se dormía debajo del árbol y se le olvidaba ir a comer, su madre tenía que ir a su encuentro.

Así prácticamente pasó el verano Margarita, menos los jueves, que era el día que dedicaba su madre para bajar al pueblo y vender sus ricas tartas.

Ese día, cuando su madre estaba empaquetando las tartas le dijo: Margarita

¿sabes que el verano está pasando verdad?, y ya has cumplido cinco años, eres toda una señorita y tendrás que empezar a ir al colegio. Te gustará cariño, aprenderás cosas y tendrás muchos amigos. Margarita se puso triste y dijo a su madre: ya sé muchas cosas, el colegio no me gustará. La madre algo preocupada le dijo: hija ¿por qué dices eso? Ella sólo agachó sus ojitos saltones como alfileres.

Margarita tenía ya cinco años pero era bajita para su edad y un poco lenta en sus movimientos, además, como ya os he dicho antes, su rostro era algo peculiar, nunca esbozaban sonrisas sus labios aunque fuera la más feliz del mundo.

Su madre sabía la causa de esas lágrimas y acarició su caparazón y le dijo: Hija mía, aún te queda mucho por crecer y la belleza no siempre está en lo que muestra el agua del río. Hay bellezas que están dentro y son las más importantes, así que no quiero ni una lágrima más. Margarita abrazó a su madre.

Mamá y... ¿si no quieren ser mis amigas? Bueno hija, respondió la madre, si no lo intentas no lo sabrás nunca.

Así que emprendieron el camino hacia el pueblo en el coche viejo de su madre que, a veces, Margarita decía sonaba como una cafetera.

Su madre por el camino le fue explicando las cosas que le compraría para el comienzo de la escuela, pero ella no mostraba interés.

Sólo cuando su madre le dijo: te compraré un diario para que apuntes tus aventuras de cada día ¿te parece bien? terminó diciendo. Entonces fue cuando a Margarita se le iluminó la cara. ¡Sí mamá!

Llegaron al pueblo, Margarita le dijo a su madre: te espero aquí sentada ¿vale?, en el escalón de la pastelería.

Se fijó que en la plaza del pueblo había una gran fuente y de ella manaban unos chorros de agua, y sus ojos se abrieron como girasoles al sol al ver que esa agua salía de la boca de unos preciosos delfines, y que, alrededor de ellos, había unas conchas de colores ¡que bonito!

¡Oh oh oh! Dijo, en este pueblo hay mar. De un salto se puso a cruzar la calle que la separaba del mar que, según ella, veía; le costó llegar ya que sus patitas eran cortas y sus pasos lentos, pero la ilusión por ver de nuevo el mar le hizo el trayecto más corto.

Al llegar a la plaza llamó a los delfines: ¡eh amigos delfines! ¿dónde está vuestro mar?, quiero bañarme en él. Al rato escuchó la voz del pato y del gato que le decían: eres tonta tortuga, aquí no hay mar y esos peces son de piedra.

Se volvió hacia ellos con el entrecejo encogido y les dijo: ¿Os hace gracia? Pues os diré que no son peces, son delfines, y yo nadé con ellos, hablé con ellos y ellos eran mis amigos, y recordad que yo nací en una gran playa de palmeras y arena clara. Cesaron las risas y Margarita se encaminó hacia la

pastelería donde su madre la esperaba.

Caminaba triste hacia la pastelería cuando escuchó detrás de ella unos pasos alocados y una risa un poco boba, pero ni se dio la vuelta, siguió su camino aunque por el rabillo del ojo intentaba saber de quién era esa risa.

Enfadada, decidió darse la vuelta y enfrentarse a su contrincante, y su sorpresa fue ver unos ojos negros con una nariz chata y unas grandes orejas que caían sobre una cara alegre. Margarita le preguntó ¿tú quien eres? ¿a qué especie perteneces? Te pareces al amigo del pastor pero él tiene unos ojos feos y sus dientes me dan miedo. Ella abriendo su gran boca le dijo: me llamo Gala y soy perrita. Margarita dijo extrañada ¿una...? Sí, sí dijo Gala antes de que Margarita terminara la frase. Soy una perrita y Margarita no supo qué decir, tan sólo dijo: ¿y por qué me persigues?, no soy de tu especie, yo soy tortuga ¿no lo ves? Gala le dijo: sí, ya lo sé, pero me gustó lo que dijiste del mar. ¿Sabes tortuga?, el gato el pato no fueron amables contigo, tampoco lo son conmigo, me persiguen todo el día y no me dejan dormir y me dicen orejotas, ¡tú eres tan valiente a enfrentarte a ellos!, me gustaría parecerme a ti.

Margarita se dio cuenta que no sólo ella sufría, que no sólo ella tenía problemas. Se acercó a Gala y le dijo así, bajito: ¿sabes?, yo no tengo amigas porque todos los que conozco son más rápidos que yo, y dio un suspiro. Gala sacó su lengua y se la pasó por el caparazón. Margarita le dijo ¡eh Gala que me mojas! y las dos rieron. Bueno, dijo la tortuga, me tengo que ir, mi madre me espera, estará preocupada, nunca me alejo tanto. Gala le dijo: ¡eh amiga! no me has dicho cómo te llamas. Margarita, dijo la tortuga, y así se despidieron.

Esa semana se le hizo eterna, aunque seguían cada una con sus actividades, pero la idea de que llegase el jueves le hacía sentirse feliz y le hacía ilusión que su amiga asistiera al colegio. Se dijo: ya el jueves está cerca y se lo preguntaré a ella.

Llegó por fin el jueves y se levantó más deprisa que de costumbre, se fue a la cocina donde su madre envasaba las tartas.

¡Mamá! dijo Margarita ¿cuándo empieza el colé? Su madre la miró extrañada, pues aún le preocupaba la conversación que mantuvieron hacía unos días. ¿Por qué lo preguntas hija? Mamá, para comprar los materiales que me dijiste, no quiero que me falte nada. Vale hija, dijo su madre, hoy cuando reparta mis tartas iremos de compras, pero no podrás ir a la plaza del pueblo o se hará de noche para la vuelta a casa, y ya sabes, el coche es viejo y los caminos están mal. Vale, contestó Margarita y siguió diciendo: ¿sabes?, la semana pasada conocí a Gala y ella me espera en la plaza junto a la fuente para jugar un rato, ¿podré ir tan solo a saludarla? La verás la próxima semana, dijo la madre sin mirarla.

A Margarita no le gustó la respuesta, el coche empezó su recorrido y todo

el viaje se mantuvo callada, ya que el coche de su madre hacía tanto ruido, que apenas escuchaba lo que le decía.

Al llegar a la entrada del pueblo su madre le dijo: mira Margarita, esa casa rosada será tu escuela. Es bonita ¿verdad? Margarita dijo: sí mamá, pero sus escalones son enormes, llegaré todos los días tarde y la maestra se enfadará. ¡Anda! dijo la madre, yo hablaré con la profesora y el director de la escuela y no tendrás ningún problema, y seguro que después de los primeros días eres la más rápida en llegar. ¡Mamá jo! no te rías tú también de mí. Es broma, hija. Llegaron a la puerta de la pastelería y su madre empezó a descargar las cajas de las tartas y dijo: Margarita hija sal y ayúdame a cerrar la puerta.

Margarita bajó del coche y cuál fue su sorpresa cuando un chorro de agua le cayó en su caparazón. Al mirar hacia arriba vio esos ojos inconfundibles y esas orejas que, como sábanas, la arropaban en un gran abrazo. ¡Hola! dijo Gala con una sonrisa de oreja a oreja, sin darse cuenta de que su amiga estaba entre sus orejas, casi sin respiración. Margarita miró a su amiga y le dijo: Gala, estás loca. Las dos rieron un buen rato.

Se sentaron en el escalón de la pastelería, hacía un calor horrible y Margarita le contó a Gala lo bien que se pasa entre las olas del mar, lo fresquita que era. Gala con los ojos muy abiertos le dijo: Margarita ¿podemos ir un día a ver el mar?, yo no lo conozco. Margarita suspiró y dijo: cuando seamos mayores. Margarita le dijo a Gala que iría de compras con su madre. Gala sonrió y le preguntó: ¿qué te compras? ¿un nuevo vestido? No, no, dijo Margarita, me compraré los cuadernos y el lapicero para empezar el colegio ¿no es fantástico? Gala agachó su cabeza y las orejitas casi le tapaban su nariz arrugada. Margarita al ver la reacción de su amiga le preguntó directamente ¿tu irás verdad Gala?

La perrita suspiró y le dijo: Margarita, el colegio está lejos de tu casa. Sí lo sé, dijo la tortuga, pero ¿sabes?, soy una tortuga lenta, bajita, pero quiero aprender cosas. ¿Sabes? dijo Gala, los demás se meten conmigo y no creo que vaya a ir, mira mis orejas Margarita, todo lo destrozo con ellas. Margarita se acordó de la conversación que mantuvo con su madre en la cocina de su casa y le dijo: mira Gala, mi madre dice que todos tenemos defectos, pero que en cada uno de esos defectos hay algo positivo para dar a los demás, mírame a mí, yo llegaré siempre tarde, no podré escoger el mejor pupitre pero eso no me impedirá aprender y ser una tortuga culta, así que ya sabes, Gala, empezaremos a ir las dos juntas al colegio. Gala no parecía muy conforme pero asintió con la cabeza.

La madre de Margarita salió de la pastelería con dos grandes helados de fresa. ¡Tomad! Dijo, hace calor y esto os refrescará.

¡Gracias! ¡Gracias! contestaron las dos. Levantaos, dijo la madre de Margarita, que vamos de compras.

Las dos semanas que faltaban para el comienzo de las clases se la pasaron igual que todo el verano. Margarita con sus paseos por el campo, con sus baños en el lago y sus sueños de viajar, Gala en la plaza del pueblo, discutiendo con el gato y el pato que no la dejaban en paz, y deseando que llegara el jueves para ver a su mejor amiga.

Amaneció el primer día de clase. Margarita, dijo su madre, el desayuno está listo, date prisa que el camino es largo. Margarita escogió un traje azul con un gorrito a juego celeste, su maleta era amarilla en forma de pez, su madre en ella le había guardado su almuerzo y su cuaderno con el lapicero rosa que a ella tanto le gustaba, estaba tan contenta que no le importaba tener que madrugar, se decía: hoy será fantástico, estaré todo el día con Gala y aprenderemos tantas cosas... Desayunó, besó a su madre. ¡Venga! dijo su madre, como es el primer día te llevaré hasta la carretera, ya luego te tocará ir sola, sé que eres una chica lista y responsable y que no te sucederá nada, vamos, que seguro Gala está impaciente por verte.

Al llegar al filo de la carretera su madre le dio un gran beso. ¡Hasta la tarde cariño! Margarita empezó a caminar lo más deprisa posible para sus cortas patitas y su madre, al verla ir, cruzó los dedos, dio un gran suspiro y se dijo para sí: cuánto ha crecido, qué poco tardará en querer marcharse fuera a buscar sus aventuras.

Margarita caminó tan deprisa como pudo, sabía que su amiga la esperaba en la entrada del colegio.

Así fue, al cruzar la plaza vio a su amiga con su mochila y sus grandes ojos, sentada. Al verla llegar Gala dio un gran ladrido y Margarita, desde lejos, le dijo: Gala, ¡que asustarás a todos! ya llego, no puedo caminar más aprisa. Gala fue en su ayuda y con los morritos la ayudó a subir los escalones.

Cuando llegaron la clase ya había empezado, llamaron a la puerta y la Señorita Garza les abrió con las gafas caídas sobre su pico y aire respingado. Les dijo: hoy por llegar tarde, a la salida del recreo os quedaréis a limpiar las pizarras, señoritas dormilonas. Las dos se miraron y suspiraron, Gala dijo: Bien empezamos Margarita, luego las dos se sentaron y escucharon atentas lo que la Señorita Garza explicaba.

A la salida la madre de Margarita esperaba en el coche deseosa y a la vez temerosa todo el día se llevó pensando en su hija.

¡Mami! gritó Margarita. ¡Hola hija! ¿Qué tal tu primer día? Bueno, dijo Gala, nos castigaron en limpiar las pizarras, llegamos tarde ufffrfff.

Bueno, mañana seguro será mejor día, ya veréis, me han dicho que, aunque estricta, la Señorita Garza es cariñosa. Además, también me han dicho que le gustan como a ti las aventuras, seréis buenas amigas. Margarita no volvió a llegar tarde y cada día le encanta más a ella y a Gala asistir al colegio. A la hora del recreo les gustaba a las dos sentarse debajo de un

almendro que había en el patio a comer y hacer planes, otras veces, cuando la Señorita Garza no tenía nada qué hacer, ellas le pedían que les contara historias de países lejanos. Se hicieron buenas amigas, la señorita les enseñaba dibujos de trenes enormes, de grandes barcos, de ciudades bañadas por mares y les prometió que cuando terminaran las clases, si habían estudiado mucho, en primavera irían en tren a ver al mar. Gala suspiraba ¡Oh Margarita el mar!, veremos el mar. Margarita decía: yo ya casi ni me acuerdo cómo es, pero te aseguro que es enorme, y las dos se abrazaron. ¡Vaya! dijo la Señorita Garza, ¡hay que volver a clases niñas! suena el pito, dejad los sueños para mañana.

Y suspiró con un tono triste, eran tan parecida a ellas, se dijo. Ese día las clases las dedicaron a hablar de la naturaleza de las plantas y de sus actividades curativas, decía la Señorita Garza que los antepasados de ese pueblo las utilizaban para curar algunos males, y fue nombrando algunas. Decía que el romero se utilizaba para los dolores, que la manzanilla para las digestiones, y que el aloe vera era para las erupciones de la piel. Margarita todo lo apuntaba en su diario.

Pasaron los meses y los días se alargaban, el sol era más intenso, la nieve empezaba a derretirse, el paisaje se transformaba.

La Señorita Garza empezó a planear el primer viaje, le comentó a la clase que sería cerca, en el lago del gran árbol. Margarita dijo: señorita, yo conozco muy bien esa zona, allí solía ir todas las tarde en el verano, hay árboles frutales, no creo que nos haga falta llevar comida ni agua, ya que mi casa está cerca y podemos beber del pozo, el agua es muy fresca. Vale Margarita dijo la Señorita Garza, de todas forman aún queda para la excursión y no podemos planear las cosas tan anticipado.

Pasaron los meses y la primavera entraba radiante, los árboles empezaban a dar sus frutos, el sol ya calentaba mucho más y sus rayos eran más brillantes. Margarita llegó esa mañana como siempre acompañada de su amiga Gala y de Violeta, una gatita; eran inseparables. Margarita eufórica, riendo, cantando, y la Señorita Garza le preguntó a que se debía todo ese escándalo. Margarita respiró hondo y dijo: ¡Ay! es que ya es casi primavera y usted nos dijo que haríamos una excursión.

Es cierto, dijo la Señorita Garza, tenemos que ir preparando el recorrido que tomaremos ya que el bosque es muy grande, así que después de clase quedaos.

Bueno, niñas, siguió diciendo la señorita, ¡atendedme que la clase ha empezado! Ese día, en la clase, se trató de las clases de árboles que existían y se hizo muy amena para los niños y niñas, al terminar la clase, las tres se dirigieron a la mesa de la señorita, que ya tenía preparados lápiz y cuaderno de apuntes. Miraron mapas antiguos, senderos, hasta la climatología de años anteriores para ver qué días eran más favorables, y

fueron marcando su recorrido. Bueno, dijo la señorita a las niñas, ya por hoy está bien, idos a casa que vuestra madre estará preocupada ya, hasta mañana y no llegad tarde. Las niñas por el camino comentaron el viaje y las cosas que harían en él.

Violeta, la más pequeña de las tres, miró a sus amigas y dijo: me dará miedo la oscuridad, lloraré y todos se reirán de mí. Margarita y Gala abrazaron a su amiga suave y blandita y le dijeron: ¡Anda Violeta! estaremos juntas y no te pasará nada, además, si tienes miedo de la oscuridad dejaremos encendida una hoguera toda la noche, y puedes dormir con una de nosotras, pero a este viaje no puedes faltar, sin ti no será lo mismo. Violeta abrió sus grandes ojos azules y sonrió. ¡Vale! pero dormiré contigo Gala, así me protegerás. ¡Vale! dijo Gala, y se despidieron hasta el próximo día.

Era último de mayo cuando las clases declinaban, la señorita mandó una nota a los padres, los convocaba a una reunión, los alumnos prepararon cada uno de ellos un pastel, hicieron té y una gran cacerola de chocolate caliente para los padres asistentes, estaban tan nerviosos que la Señorita Garza se tuvo que enfadar. ¡Venga niños! Comportaos, que si no vuestros padres se negarán a firmar la autorización para el viaje de fin de curso. ¡Dejad eso ya y marchaos al patio a jugar! la reunión no durará mucho.

Fueron llegando los padres y la señorita los iba invitando a sentarse en los pupitres de sus hijos, cada cual iba diciendo su nombre y ella lo apuntaba.

La reunión fue más favorable de lo que pensaban, aunque algunos padres se negaron a tal locura, algunos decían una señorita sola para tantos críos no podía ser. La Señorita Garza propuso que, si algún padre o madre quería, podía ir de monitor para ayudarle, la idea sentó bien a los presentes y se apuntaron el Señor Aguilucho y la Señora Coneja. Así fue como comenzó el gran viaje, los días para la excursión la señorita fue preparando todo lo necesario en su mochila: mapas, un buen botiquín, y sus cosas personales.

Ella avisó a los niños que las mochilas fueran con poco peso, ya que tendrían que hacer grandes caminatas, y que las ropas fueran lo más cómodas posible, y que no se olvidaran de llevar todos una gorra del mismo color, los niños la escogieron de color naranja, ya estaba todo preparado, sólo quedaba esperar el gran día.

La noche antes de la salida, Margarita estaba muy nerviosa, no paraba de hablar, su madre le decía: Margarita hija, se hace tarde, acuéstate o mañana no podrás levantarte. ¡Mamá! te echaré mucho de menos. Pero tú no te preocupes por mí, Margarita, estaré bien, tú ya sabes, disfruta y aprende todo lo que puedas, los viajes no se hacen todos los días. ¡Ay mamá cuánto te quiero! y poco a poco, se fue quedando dormida. No habían cantado aún los gallos cuando Margarita se levantó y encontró a su madre sentada en la

cocina. ¿Qué haces mamá? Mira Margarita, te hice esas tortas de anís que tanto te gustan, y te calenté leche con miel para el desayuno. ¡Qué bien, eres la mejor madre! exclamó Margarita.

La madre continuó haciéndole encargos y ella, atenta, la escuchaba. Seré una niña buena, mamá, obedeceré siempre a la señorita. Lo sé hija, lo sé. Bueno Margarita, es ya la hora, coge tu mochila y tu gorra que en la estación estarán ya casi todos, ¿no querrás ser la última? ¡Ay no! que Violeta y Gala pensarán que no voy. Ahí llevas tortitas, compártelas, no cojas una indigestión. Madre e hijas rieron abrazadas.

Quedaron en la estación de las afueras del pueblo, cuando los primeros rayos del sol asomaran entre las nubes, era viernes 18 de junio.

La primera en llegar fue la Señorita Garza y el Señor Aguilucho, la estación se fue convirtiendo en un caos de maletas, chillidos, risas, la emoción les embargaba a todos.

La Señorita Garza dio un silbido y empezó a decir: ¡atención! en filas que vamos a nombraros, quitaos la gorra y a la vez que yo nombre colocaos aquí, al lado del Señor Aguilucho y con la gorra puesta.

Empezó a pasar lista, casi al terminar ya se escuchaba el silbido de la vieja máquina del tren que, despacio, se acercaba a ellos. ¡Niños! gritó el Señor Aguilucho, las mochilas al hombro, y despedíos ya de vuestros padres, que el tren está aquí y no hay mucho tiempo.

Así fue, todo fueron besos, abrazos, y lloriqueos en algunos más pequeños. La Señorita Garza fue ayudando a instalarse en el tren a cada uno de sus alumnos, y a cada uno le entregaba una bolsita de plástico, por si se mareaban vomitaran en ellas; el tren pitó y se empezó a mover. Todos, detrás de los cristales del enorme grandullón, miraban cómo cada vez su pueblo se hacía más pequeño y se alejaba.

El viaje duraría hasta el pueblo donde tenían que desembarcar tres horas, y luego sólo andar por el camino de sauces, hasta llegar al gran lago.

La Señorita Garza quiso hacer la mayor parte del trayecto en tren por los más pequeños, ya que el camino por la montaña hubiera sido muy duro.

En cuanto el pueblo había desaparecido de la vista, la señorita invitó a los niños a cantar para hacer el viaje más corto. Gala dijo: Señó ¿cantamos la canción de las flores? Vale Gala, es buena idea... sal rosa, sal petunia que es primavera y el sol os espera la, la, la

Mira, tus hermanas las margaritas, se visten para ir a la ermita la, la, la

Sal rosa, que te espera el sol de la mañanita para calentar tus pétalos la, la, la

Así el camino les pareció más corto. ¡Oh no! dijeron cuando el tren pitó y la señorita les comunicó que ya habían llegado.

El Señor Aguilucho colocó a su cargo a los más pequeños, en filas, cogidos a un cordón que él mismo hizo con nudos marineros. La Señora Coneja llevaba el maletín de los primeros auxilios y la Señorita Garza caminaba con las niñas y niños más mayores.

La señorita preguntó a sus ayudantes si estaban listos y todos afirmaron que sí. Pues... ¡en marcha! gritó la Señora Coneja, y todos rieron.

Empezaron a adentrarse por la maleza del camino, la señorita y sus ayudantes les iban contando cosas de lo que veían, del por qué del tamaño de esos árboles, de por qué algunos frutos nacían silvestres, también les enseñó algunos nidos con polluelos. Se hacía de noche y la Señorita Garza decidió acampar, los niños estaban agotados. ¡Venga niños! dijo la Señora Coneja, id sacando los sacos de dormir, ahora mismo bendeciremos los alimentos que traemos y a dormir, no sin antes decir vuestras oraciones y lavaros los dientes, no hay que despreocuparse de la higiene aunque estemos de excursión. Gala dijo a Violeta que extendiera su saco al lado del de ella y el de Margarita. ¡Vale! dijo; luego, cuando acabaron de instalar los sacos de dormir, acudieron donde estaba encendido el fuego, la señorita dijo unas frases para bendecir los alimentos, y la Señora Coneja empezó a repartir tazones de sopa, pan y queso. Margarita sacó las tortitas de anís que su madre le había dado, y repartió la mitad con todos. ¡Uh Margarita! están deliciosas, le dijo el Señor Aguilucho. ¡Gracias! dijo ella tímidamente.

Aunque era primavera, en la zona de la montaña solía de vez en cuando llover, y esa noche apuntaba, aunque el cielo mostraba su traje de estrellas. Nubes como velos lo rondaban. La Señorita Garza, una vez los niños se habían acostado, estuvo mirando en los mapas la ruta del día siguiente y a la vez al cielo, preguntando al Señor Aguilucho si él creía que llovería. Él extendió sus alas y dijo: me temo señorita que unas gotas sí que nos caerán. ¡Vaya por Dios! dijo la Señora Coneja, pensaba hacer mañana un cocido de setas y batatas que vi aquí cerca; bueno, ya veremos si sólo es una noche más oscura y mañana hay un gran sol, me voy a dormir ya, dijo la señorita, que es tarde y los niños tendrán ganas de madrugar, estos críos no hay quien los canse; y los tres rieron, dejaron la hoguera para tener más luz y al cuidado de ella se quiso quedar el Señor Aguilucho.

Margarita no podía conciliar el sueño, los ruidos del bosque le estremecían. ¡Violeta!, dijo Margarita en voz baja para no despertar a nadie, ¿estás despierta? Sí, sí, dijo ella y Gala contestó: yo también ¿qué os pasa? Nada, que la voz del bosque no me deja dormir, además creo que lloverá, el cielo está perdiendo sus estrellas, mira Violeta. Si sí contestaron Violeta y Gala a la vez, oye Gala dijo Violeta ¿tú te has traído impermeable? Sí, mi madre insistió. ¡Ah! pues yo no, contestó Violeta con sus ojitos muy abiertos. Margarita dijo: no te preocupes Violeta, en el mío

cabemos las dos y casi al alba, fue cuando las niñas empezaron a quedarse dormidas. La mañana amaneció, como muy bien dijo el Señor Aguilucho, algo triste, el sol no quiso dar sus rayos, pero aún no llovía. Ya la Señora Coneja y la Señorita Garza habían recogido frutos silvestres para el desayuno, mientras el Señor Aguilucho calentaba una enorme cafetera de té, en la hoguera de la noche anterior.

Una vez se hubieron levantado todos, la señorita les hizo lavar sus manos y sentarse alrededor de la hoguera. Les repartió un tazón de té y los frutos recogidos. ¡Vaya! parecéis cansados, dijo la Señora Coneja, claro ¡mucha charla escuché yo anoche! ¡No, no señorita! estamos bien, de verdad, contestaron todos a la vez. ¡Ah vale! porque hoy será un día más duro de lo que esperábamos, ya que amenaza algo de lluvia. Si sucede eso no perdáis la calma y manteneos unidos a la cuerda de nudos. Sí señorita, dijeron, pero no sucedió así.

Recogieron todo, se pusieron el impermeable por orden del Señor Aguilucho y comenzaron a caminar. La Señora Coneja le dijo a la Señorita Garza que cerca del camino, como a una hora de allí, podían refugiarse en una cabaña del guardabosque, el gran ciervo amigo de ella. Todos pensaron que era lo mejor. Caminar bajo la lluvia era molesto y cansado para los niños, anduvieron casi dos horas y no veían rastro de la cabaña, la señorita intentaba animar a los niños contándoles cosas del paisaje y de lo que harían al llegar al gran lago, pero los tres estaban muy preocupados; para la época del año en la que estaban, el tiempo estaba demasiado complicado, la lluvia se acentuaba cada vez más, el viento soplaba tan fuerte que les costaba caminar y los niños aún no habían comido nada desde el desayuno. La señorita pensó si no fue una equivocación esa excursión. La Señora Coneja y el Señor Aguilucho sabían lo que la Señorita Garza pensaba, y antes de que ella dijera nada, el Señor Aguilucho le puso sus alas en el hombro y le dijo: esto lo podrán contar siempre, será su gran historia de juventud, así que no pienses tonterías. ¡Ay Dios! suspiró.

Decidieron refugiarse debajo de varios árboles grandes, que tapaban el camino que tenían que seguir, hasta ver si la tormenta terminaba. Se dividieron a los niños en grupos.

Margarita, Gala y Violeta se las arreglaron para estar juntas. Violeta tenía los ojos rojos, tenía ganas de llorar; las dos amigas la abrazaron y Gala dijo: sólo es una tormenta, Violeta, no te preocupes. Ya, contestó la gatita, pero me dará mucho miedo si empiezan los truenos.

Hacía que llovía casi dos horas, el campo estaba enfangado, cada vez los niños tenían más frío y no parecía que el sol fuera a salir ese día. Decidió el Señor Aguilucho salir en busca de unas ramas para encender un fuego, mientras la Señora Coneja, experta en hacer túneles madriguera, comenzó

a buscar grandes hojas para hacer un techo y poder encender mejor el fuego para calentar té y que los niños no pasarán frío. La Señorita Garza se encargaba de mantener a los niños despiertos y sin miedo contándoles cosas de la naturaleza. La Señora Coneja dijo: Señorita Garza se necesitan unos palos más grandes para mantener el techo. Gala que era la más fuerte exclamó: ¡Voy yo a buscarlos! Pero no te muevas de este círculo, ¿vale?, contestó la Señorita Garza. No, no, además Margarita y Violeta me acompañarán. ¡Vale! pero recuerda, no nos pierdas de vista. No señorita contestaron. Empezaron a mirar por los alrededores pero no vieron nada. Gala vio un pequeño riachuelo hecho por la lluvia y al final de él una luz. ¡Oh mira Margarita! es la cabaña que dijo la Señora Coneja que tenía el gran ciervo, vamos a pedirle ayuda. Sí, vale, contestaron las otras. Cruzaron el riachuelo y anduvieron, pero la luz cada vez estaba más lejos de ellas Violeta, que se fijaba más en esas cosas dijo: la luz se mueve ¿no Margarita? Eso estoy viendo, Violeta, parece que corre de nosotras. Volvámonos, dijo Gala, creo que perseguimos a una estrella. Pero ya era demasiado tarde, el agua borró sus huellas y no sabían regresar.

Asustadas, echaron a correr sin rumbo, llegaron a la ladera de una montaña empapadas, llenas de barro y llorando las tres. ¡La señorita se enfadará mucho!, nos castigará, nos dijo que no nos alejáramos. En la ladera de la montaña, había una cavidad tapada con ramas y piedras, arrastradas por la lluvia. Gala miró y dijo: es una cueva, ¿entramos? Violeta dijo: ¡No! que está oscuro y puede haber alguien que nos haga daño. No seas tonta, dijo Margarita, estamos empapadas, dentro nos secaremos. Mientras las tres decidían qué hacer, entraron en la cueva; temblaban de frío y miedo. Cansadas, se sentaron en el suelo. Margarita recordó que su madre le había echado una linterna. ¡Gala, Violeta!, dijo Margarita: ¿tenéis hambre? Aún me quedan unas cuantas tortitas de las que me dio mi madre, podemos comernos la mitad y guardar el resto para mañana. Las dos niñas estaban de acuerdo. Margarita dijo a sus amigas: encenderé la linterna sólo un rato para que nos dure toda la noche. Sí, sí, dijeron las otras dos. Repartieron las tortitas y en silencio comieron, Violeta era la más pequeña y la más miedosa de las tres. Gala lo sabía y le dijo: ven Violeta, que estás empapada, entre las dos no tendrás frío. Violeta se cobijó entre sus amigas, así se llevaron bastante tiempo, el viento soplaba con mucha fuerza y la lluvia se agudizaba cada vez más. Gala empezó a olisquear por todas partes nerviosa e inquieta. Violeta y Margarita se miraban y las dos a la vez le preguntaron a Gala: ¡Eh! ¿qué pasa?, Gala dijo sin querer asustar a sus amigas: aquí hay alguien más con nosotros, que nos está observando.

¿Cómo?, gritaron las dos. ¡Chis! ¡chis! dijo Gala, está cerca. Margarita encendió la linterna y dijo: Gala, ¿no te has equivocado?, Yo no veo a nadie. Gala meneó la cabeza diciendo que no se equivocaba, que su nariz

decía que en esa cueva había alguien, y que no era una de las especies que ellos conocían. Pues vayámonos dijo Violeta asustada. No podemos, dijeron Gala y Margarita a la vez, el viento y la fuerza del agua nos arrastraría a las tres, pero tengo un plan, dijo Gala: andemos por la cueva a ver si vemos a alguien, puede que mi olfato fallara o que sólo estuvo aquí de paso. Vale, contestaron las otras. Encendieron la linterna y caminaron adentrándose en el corazón de la cueva, cada vez más.

Cada vez se hacía más luminosa la cueva y un murmullo de agua llegaba a los oídos de las tres niñas, casi se podía ver ya el otro extremo, cuando vieron sentada en una roca una figura que, a lo lejos, no podían distinguir de quien se trataba. Ssssss dijo Gala mirando a sus amigas, es una niña. Dijo Violeta: una humana oooohhh ¿que hará aquí? ¿estará perdida como nosotras?, está llorando. ¿Nos acercamos?, comentó Margarita, no creo que sea peligrosa. ¡Vale! contestaron las otras dos amigas.

Las tres dijeron a la vez oye... ¿qué haces tú aquí?, eres aún pequeña para andar sola por el bosque y más un día como este. Tu madre ¿sabe que estás fuera de casa?

¡Eh! dijo Gala, ¿no tienes lengua o no entiendes el idioma de los animales? ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Gala, esta es Violeta dijo señalando a la gatita, y esta señalando a la tortuga, es Margarita. La niña las miró y dijo: sí que entiendo el idioma de los animales, y los del susurro del mar y de sus habitantes... y vosotras ¿sabéis lo que el mar? La niña dijo después: me llamo Talita y soy la guardiana del mar.

Las tres exclamaron: ¡la guardiana del mar! Si el mar no se puede guardar, es enorme, dijo Margarita. No cabe en una caja, ni en una botella, creo que te estás riendo de nosotras. ¡No, no!, dijo Talita, no me habéis entendido, guardo sus secretos, sus canciones, sus llantos... y acaricio sus cabellos cuando está dormido. ¡Vaya! dijeron las tres amigas y ¿cómo llegaste tu aquí?, ¿te trajo la marea o en un barco? No, mi madre me dejó en la cuna del mar cuando nací, el mar me adoptó como su hija, mi madre es la luna. Vaya ¿la luna tiene hijos?, dijo Gala, y las tres amigas se miraron, creían que Talita mentía. Nosotras vinimos en una excursión que hizo la escuela, prosiguió Margarita, como para hacer más real lo que escuchaba de Talita y nos perdimos y dimos con esta cueva cuando ya creíamos que moriríamos.

Y ¿por qué estás triste Talita?, dijo Violeta.

Bueno, contestó Talita, es difícil de explicar... ¡Cuéntanos a ver si podemos ayudarte!, además nosotras queremos conocer el mar y tú nos puedes ayudar también a conseguirlo. Creo que os podré enseñar el mar, pero navegar por él no sé... hace días que el mar no se despierta, no me habla y no se qué hacer, mi madre no se asoma al horizonte y me da miedo la oscuridad. Bueno, no te preocupes Talita, ahora ya nos tienes a nosotras,

dijeron, además mira, a Violeta también le da miedo la oscuridad. ¿Sí, en serio? Sí dijo tímidamente Violeta.

Bueno, sentémonos y cuéntenos qué le pasa al mar que no se despierta.

Hace dos días llegaron a la orilla unos delfines heridos, el mar estaba más enfadado que nunca, esos delfines eran sus amigos.

Al llegar la noche, la marea bajó y el mar me dijo: Talita esta noche tardaré en subir. Te esperaré, le dije, pero él me dijo: no me esperes levantada, enciende una hoguera y cuando tu madre salga, dile que me busque, ¿vale? Y así hice, cuando mamá salió le dije el mensaje del mar, y ella se fue a buscarle. Le dije: llévame, pero me dijo, no. Tú espera aquí y mantente la hoguera encendida.

Me quedé dormida y la hoguera se apagó, y por la mañana salí a buscar al mar y darle los buenos días, pero su cuerpo no se movía; le abracé, le llamé y no se movía, no ruge y no sé qué hacer.

Las tres se miraron y le dijeron a Talita: llévanos junto a él. Anduvieron unos cuantos metros hasta la salida de la cueva. ¡ohhhhhh! exclamaron las tres, es enorme dijo Gala, y su color de plata dijo Violeta. ¿Veis chicas, dijo Margarita, cómo es verdad que el mar es precioso? Sí, sin dudas, contestaron las otras tres atónitas. Talita dijo: seguidme. Caminaron por la orilla ¡ay! dijo Gala ¡me quema! Jajaja se ríe Margarita, claro, es la arena, está caliente del sol. Talita se sentó en la orilla. Chicas, por favor, decidme que he de hacer para despertar al mar.

Entonces Violeta le dijo a Margarita, que si recordaba lo que la Señorita Garza les había contado sobre las hierbas y su actividad medicinal. Sí, sí, contestó Gala, ¿recuerdas Margarita? Tú lo apuntaste todo en tu diario, lo has traído ¿verdad?, te vi apuntar en él cosas sobre el viaje. Sí Gala, lo traje, pero no sé si el mar se cura con plantas y... si le hacemos más daño ¿que sucederá? Talita llorosa dijo: más daño... se muere, ¿no lo veis?, y yo su guardiana no sé qué hacer. Margarita se quedó mirando al mar y se dijo a sí misma: es cierto, no creo que las plantas le hagan más daño del que ya tiene.

Margarita dijo: Talita, coge del arrollo que mana de las rocas una buena porción de agua y encendamos una hoguera para calentarla. Sí, dijo Talita, pero entre las manos el agua se escapa. Jajaja rió Gala, claro Talita tienes que buscar una concha vacía y en ella calentaremos esa agua, ¿vale? Talita empezó a caminar por la orilla... y tú, dijo Margarita a Violeta: mira si entre los arbustos ha nacido alguna amapola y algunas ramitas de romero. Vale contestó Violeta, y se encaminó hacia el lugar donde se adentraba el bosque, y tú Gala... busca ramas para hacer la hoguera; mientras yo miraré las pócimas para ver qué falta y buscarlo. Así las cuatros niñas empezaron su tarea de conseguir los ingredientes para curar al mar.

Ya, dijo Talita, tengo el agua. Y yo las maderas para la hoguera, dijo Gala.

Vale y... ¿dónde anda Violeta?, dijo Margarita. Cuando, de repente, vio salir a Violeta de entre los arbustos, cargada de todas clases de flores exóticas que encontró entre las sendas. ¡Ay! Violeta, te dije sólo amapolas, romero... ya, ya no te enfades Margarita, es que me gustaron sus colores; esas doradas son las preferidas de mi madre. Dijo Talita: bueno, amigas. Empecemos, dijo Gala. Encendiendo el fuego calentaron el agua, mientras Margarita decía las porciones que tenían que ir echando sus amigas; empezó con tres pizcas de romero, ocho amapolas con sus pétalos y tres dientes de león ¡cómo! dijo Talita, Margarita aquí no hay animales salvajes. Margarita rió ¡jajaja! Talita, el diente de león es una planta que los chinos usan para sus males, es de color amarillo, malva o blanco, aquí dice que el más curativo es el blanco, ya que es la luna quien lo cultiva. ¡Vaya es verdad!, dijo Talita, mi madre me contó cosas sobre esa planta, pero yo aquí nunca los vi. Pues sin ellos no podemos hacer nada, así que, manos a la obra y a buscar aunque sólo sea un diente de león blanco. Las tres empezaron su búsqueda pero las horas pasaban y no conseguían el diente de león tan preciado. Amigas, gritó Margarita, la noche está cayendo y nos tenemos que resguardar en la cueva, así que mañana seguiremos. ¡Jo! protestó Talita, mañana puede que sea tarde. Pero Talita, dijo Violeta, es casi de noche y no vemos nada; es peligroso estar fuera de la cueva, seguro que mañana tendremos más suerte, hagamos caso a Margarita, ella sabe lo que dice. Vale, dijo triste Talita, aunque yo me quedaré un rato más a ver si mi madre hoy sale, ella sabe dónde se encuentran los dientes de león. ¡Venga!, sentémonos aquí juntas, cerca de la entrada de la cueva, a ver si tu madre sale. Margarita sacó de su mochila la linterna y los últimos trocitos que le quedaban de la tarta de queso que su madre le había dado a su partida. Bueno, suspiró al ver la poca comida que les quedaba, es poco, pero esto nos mantendrá hasta mañana y repartió con sus amigas la comida.

El sueño rindió a Violeta y a Gala; Talita y Margarita seguían mirando al cielo por si había señales de la madre de Talita. Sin apenas darse cuenta las cuatro niñas se quedaron dormidas.

De repente un grito de asombro despertó a las tres amigas. ¿Qué pasa Talita?, dijo Violeta. Mirad, mi madre esta noche nos visitó. Y ¿cómo lo sabes?, dijo Gala. Mira esto, son dientes de león blancos, sólo ella sabe donde crecen, ¡mi madre está bien! gritó Talita con lágrimas en los ojos. Margarita se levantó tan deprisa como pudo y dijo: vamos a ver que tal está el mar y empecemos a encender el fuego, hoy será un día largo.

Las cuatro corrieron hacia la orilla y el mar aún no gemía. Pobre, dijo Talita, aún está enfermo. Encendieron el fuego y calentaron el agua, echaron las porciones de cada planta y esperaron su cocción.

Cuando todo estuvo a punto, como tan sólo Margarita sabía nadar, se

adentró en el agua con la concha llena del brebaje que habían preparado, y empezó a esparcirlo por las profundidades. Al llegar a la orilla, Talita la secó con hojas de palmera. Perdona, sé que pinchan dijo, pero es lo único que tengo. No importa, dijo Margarita, gracias Talita, ahora hay que esperar.

De nuevo se hacía de noche y aún el mar dormía. ¡Vaya!, dijo Gala, creo que no surtió efecto, el mar necesitará algo más que plantas. Aún es pronto, dijeron las otras mirando a Talita con cara de preocupación.

En fin, amigas, dijo Talita como dando por terminado todo, volvamos a la cueva, es casi de noche y es peligroso estar aquí. Uffff sí, me muero de sueño dijo Gala. Las cuatro niñas se abrazaron y se quedaron dormidas

A la mañana siguiente los gritos de la Señorita Garza, de la Señora Coneja y de los otros amigos las despertaron. Las niñas miraron a su alrededor y ya no estaba el mar ni Talita. Gritaron su nombre y buscaron a su alrededor, la Señorita Garza les abrazó y les preguntó si les había pasado algo malo, también les preguntó quién era esa Talita y de qué mar hablaban.

¡Oh señorita!, dijo Violeta, el mar se muere. ¿Puede usted ayudarle? ¿De qué mar me hablas Violeta? Del mar que está dentro de esa cueva. Venga Violeta, sé que lo habéis pasado mal, perdidas y solas, pero estamos en la montaña y aquí no hay aún mar. La señorita les dijo que tan sólo fue un sueño, pero las tres amigas sabían en el fondo de su corazón que no era así.

Las amigas no volvieron hablar de lo sucedido en todo el camino de regreso a sus casas. Al llegar al pueblo, las tres se despidieron de la Señorita Garza y de sus compañeros. Al quedarse a solas Margarita les dijo a Gala y Violeta: un sueño no pueden tenerlo tres a la vez ¿no creéis?

Es cierto, pero ¿qué hacemos para que nos crean y ayuden al mar a no morir?

Margarita vio llegar el automóvil de su madre; su ruido era peculiar, sonaba a cafetera y dijo: mañana hablamos, mi madre llegó. Vale dijeron las otras dos.

Durante el trayecto que tenían que recorrer para llegar a su casa, Margarita no habló nada. Su madre, extrañada, le preguntó si no tenía nada que contarle.

Margarita, sin saber qué hacer, se echó en el hombro de su madre y suspiró.

Se quedó dormida, y al despertar a la mañana siguiente, creyó que sólo había sido un sueño, pero al sacar las cosas de su mochila vio que todo había sido verdad, que el diente de león existía, que Talita era real y corrió hacia la cocina y gritó: ¡Madre ayúdame, el mar se muere!

Carmen Bruzón Molina
Verano 2006